DISCURSO INAUGURAL DE LA SOCIEDAD LITERARIA[[1]](#footnote-1)

Quand nous ne sommes plus ,

Notre ombre a des autels ,

Ou le juste avenir prépare à ton génie

Des honneurs immortels.

Lamartine[[2]](#footnote-2).

Señores:

Al presentarme por primera vez ante vosotros, me siento profundamente conmovido por la sincera gratitud que encendisteis en mi pecho al señalarme como uno de vuestros compañeros, con el honroso título de Director de vuestra sociedad; pero esta conmoción es algo más que de gratitud, no debo ocultároslo, es también de temor, de vergüenza, porque no me siento bastante fuerte para soportar en mis sienes el laurel que me habéis echado; lo digo sin afectación. Todo lo espero del entusiasmo que ha despertado en mí vuestra dedicación, tan digna de elogio, tan nueva entre nosotros. Sí, señores; vuestra dedicación es una novedad, porque os conduce hasta formar una academia para poner en contacto vuestras inteligencias, para seros útiles recíprocamente, para manifestar al mundo que ya nuestro Chile empieza a pensar en lo que es y en lo que será. En efecto, el ruido de las armas ha cesado en nuestro suelo, la anarquía desplegó sus alas espantosas y salvó los Andes; la paz coronada de fresca oliva ha venido en su lugar, y bajo su amparo ha despertado nuestra amada patria del letargo en que la dejó el violento esfuerzo que hizo para sacudir el yugo y presentarse triunfante a la faz de las naciones. Me parece que la veo echar ahora una mirada de dolor a lo pasado, y dar un hondo suspiro al no encontrar más que cadenas destrozadas en un charco de sangre y un espantoso precipicio, del cual se ve libre como por encanto: la oigo decir, ya llegó el tiempo en que debo hacerme digna del puesto que ocupo, pero no podré afianzarme, la sangre de mis hijos estará siempre humeante atestiguando que nada he hecho para aprovechar su sacrificio, si no ciego esa hondonada que se desprende a mis plantas; ahí está la ignorancia, cien bocas abre para mí, debo aniquilarla, soterrarla para siempre.

Ya veis, señores, que Chile, así como las demás repúblicas hermanas, se ha encontrado [6] de repente en una elevación a que fue impulsado por la ley del progreso[[3]](#footnote-3), por esa ley de la naturaleza, que mantiene a la especie humana en imperpetuo[[4]](#footnote-4) movimiento expensivo[[5]](#footnote-5), que a veces violento, arrastra en sus oscilaciones hasta a los pueblos más anejos[[6]](#footnote-6) y más aferrados a lo que fue. Pero el nuestro ha sido trasportado a un terreno que le era desconocido, en el cual ha estado expuesto a perderse sin remedio, porque las semillas preciosas no prenden en un campo inculto; nuestros padres no labraron el campo en que echaron la democracia, porque no pudieron hacerlo. Se vieron forzados a ejecutar sin prepararse; pero la generación presente, más bien por instinto que por convencimiento, se aplica a cultivarlo; parece que se encamina a completar la obra. Todos conciben que necesitan promover sus intereses personales, acometen la empresa que los ha de engrandecer y que ha de dar a la nación el apoyo que en su concepto necesita, el de la riqueza: se improvisan soberbias asociaciones para ensanchar el comercio, para desentrañar los tesoros que esconde la naturaleza en las venas de los Andes, sociedades filantrópicas para proteger la agricultura y anonadar los obstáculos que embarazan su marcha. Pero la riqueza, señores, nos dará poder y fuerza, mas no libertad individual, hará respetable a Chile y llevará su nombre al orbe entero; pero su gobierno estará bamboleándose, y se verá reducido a apoyarse por un lado en bayonetas, por el otro en montones de oro; y no será el padre de la gran familia social, sino su señor; sus siervos esperarán sólo una ocasión para sacudir la servidumbre, cuando si fueran sus hijos las buscarían para amparar a su padre. Otro apoyo más quiere la democracia, el de la ilustración. La democracia, que es la libertad, no se legitima, no es útil, ni bienhechora sino cuando el pueblo ha llegado a su edad madura, y nosotros somos todavía adultos. La fuerza que debiéramos haber empleado en llegar a esa madurez, que es la ilustración, estuvo sometida tres siglos a satisfacer la codicia de una metrópoli atrasada, y más tarde ocupada en destrozar cadenas, y en constituir un gobierno independiente. A nosotros toca volver atrás para llenar el vacío que dejaron nuestros padres para hacer más consistente su obra, para no dejar enemigos por vencer y seguir con planta firme la senda que nos traza el siglo.

Pues bien, vosotros habéis comprendido esta necesidad, vosotros que sin guía, sin amparo, sacándolo todo de vuestro sólo valor, os congregáis para ilustraros e ilustrar con vuestros trabajos; vosotros, que me parece, habéis dicho en Chile a los hombres de luces, que eso debían haber practicado tiempo ha, reunirse para comunicarse y ordenar un plan de ataque contra los vicios sociales, a fin de hacerse dignos de la independencia que a costa de su sangre nos legaron los héroes de 1810; reunirse en torno de esa democracia que milagrosamente vemos entronizada entre nosotros, pero en un trono cuya base carcomida por la ignorancia, se cimbra al más ligero soplo de las pasiones, y casi se desploma, llevando en su ruina nuestras más caras esperanzas. Os doy el parabién, Señores, y muy sinceramente me glorío de ser vuestro compañero, porque habéis acertado en asociaros para satisfacer una necesidad social. Vosotros tenéis mis ideas y convenís conmigo en que nada será Chile, la América toda, sin las luces. Me llamáis para que os ayude en vuestras tareas literarias, pero yo quisiera convidaros antes a discurrir acerca de lo que es entre nosotros la literatura, acerca de los modelos que hemos de [7] proponernos para cultivarla, y también sobre el rumbo que debemos hacerle seguir para que sea provechosa al pueblo. Porque, Señores, no debemos pensar sólo en nosotros mismos, quédese el egoísmo para esos hombres menguados que todo lo sacrifican a sus pasiones y preocupaciones: nosotros debemos pensar en sacrificarnos por la utilidad de la patria. Hemos tenido la fortuna de recibir una mediana ilustración, pues bien, sirvamos al pueblo, alumbrémosle en la marcha social para que nuestros hijos le vean un día feliz, libre y poderoso.

Se dice que la literatura es la expresión de la sociedad, porque en efecto es el resorte que revela de una manera la más explícita las necesidades morales e intelectuales de los pueblos, es el cuadro en que están consignadas las ideas y pasiones, los gustos y opiniones, la religión y las preocupaciones de toda una generación. Forman el teatro en que la literatura despliega sus brillantes galas, la cátedra desde donde anuncia el ministro sagrado las verdades civilizadoras de nuestra divina religión y las conminaciones y promesas del Omnipotente; la tribuna en que defiende el sacerdote del pueblo los fueros de la libertad y los dictados de la utilidad general; el asiento augusto del defensor de cuanto hay de estimable en la vida, el honor, la persona, las propiedades y la condición del ciudadano; la prensa periódica, que ha llegado a hacerse el agente más activo del movimiento de la inteligencia, la salvaguardia de los derechos sociales, el azote poderoso que arrolla a los tiranos y los confunde en su ignorancia. La literatura, en fin, comprende entre sus cuantiosos materiales, las concepciones elevadas del filósofo y del jurista, las verdades irrecusables del matemático y del historiador, los desahogos de la correspondencia familiar, y los raptos, los éxtasis deliciosos del poeta[[7]](#footnote-7).

Pero ¿cuál ha sido, cuál es en el día nuestra literatura? ¿A dónde hallaremos la expresión de nuestra sociedad? ¿el espejo en que se refleja nuestra nacionalidad? Aterradora es por cierto la respuesta a una pregunta semejante; pero así como rompe con audacia su vuelo la simple avecilla, después del espanto que le causa la explosión mortífera del arcabuz del cazador, romperemos nuestra marcha después del terrible desengaño que nos cause la idea de nuestra nulidad, cuando veamos que necesitamos formarnos con nuestros propios esfuerzos. Apenas ha amanecido para nosotros el 18 de septiembre de 1810, estamos en la alboreda[[8]](#footnote-8) de nuestra vida social, y no hay un recuerdo tan solo que nos halague, ni un lazo que nos una a lo pasado antes de aquel día. Durante el coloniaje no rayó jamás la luz de la civilización en nuestro suelo. ¡Y como había de rayar! La misma nación que nos encadenaba a su pesado carro triunfal permanecía dominada por la ignorancia y sufriendo el poderoso yugo de lo absoluto en política y religión. Cuando la España comenzó a perder los fueros y garantías de su libertad, cuando principió a erigir en crimen el cultivo de las bellas artes y de las ciencias, que no se presentaban guarnecidas con los atavíos embarazosos del escolasticismo, y el santo oficio a perseguir de muerte a los que propalaban verdades que no eran las teológicas, entonces, Señores, empezó también a cimentarse en Chile el dominio del conquistador. Los Felipes, tan funestos a la humanidad como a la civilización, por su brutal y absurdo despotismo; [8] Carlos II, con su imbecilidad y acendrado fanatismo, los Fernandos y Carlos que le sucedieron, tan obstinados defensores de su poder discrecional y de la autoridad espantosa del monstruo de la inquisición que los sostenía, al mismo tiempo que los amedrentaba; tales fueron los monarcas, bajo cuyo ominoso cetro trascurrió tres siglos, Chile, siempre ignorante, siempre oprimido y vejado. «Bajo el sistema de despotismo razonado, dice un juicioso observador, que estableció en sus antiguas posesiones americanas el gabinete de Madrid, guardaba todo el más estrecho enlace: agricultura, industria, navegación, comercio, todo estaba sujeto a las trabas que dictaba la ignorancia o la codicia a una administración opresora y estúpida. Mas no bastaba privar a los americanos de la libertad de acción si no se les privaba también de la del pensamiento. Persuadidos los dominadores de que nada era tan peligroso para ellos como dejar desenvolver la mente, pretendieron mantenerla encadenada, desviándonos de la verdadera senda que guía a la ciencia, menospreciando y aún persiguiendo a los que la cultivaban». De suerte, Señores, que nuestra nulidad literaria es tan completa en aquellos tiempos, como lo fue la de nuestra existencia política.

Pedro de Oña[[9]](#footnote-9), que según las noticias de algunos eruditos, escribió a fines del siglo XVI dos poemas de poco mérito literario, pero tan curiosos como raros en el día; el célebre Lacunsa[[10]](#footnote-10), Ovalle[[11]](#footnote-11), el historiador y el candoroso Molina[[12]](#footnote-12), que ha llegado a granjearse un título a la inmortalidad con la historia de su patria, son los cuatro conciudadanos, y quizá los únicos de mérito, que puedo citaros como escritores; pero sus producciones no son timbres de nuestra literatura, porque fueron indígenas de otro suelo y recibieron la influencia de preceptos extraños. Desde 1810 hasta pocos años a esta parte tampoco hallo obra alguna que pueda llamarse nuestra y que podamos ostentar como característica; muchos escritos de circunstancias sí, parto de varios claros ingenios americanos y chilenos, entre los cuales descuella el ilustrado y profundo Camilo Henríquez, cuyas bellas producciones manifiestan un talento despejado y un corazón noble, entusiasta y generoso. De los últimos años no puedo dejar de citaros entre las numerosas producciones de nuestra prensa dos obras didácticas que harán época en nuestros fastos literarios; no porque sean la muestra de una literatura vigoroso y nacional, sino por la revolución que han iniciado en las ideas, y porque prueban el genio, erudición y laboriosidad de sus autores: la filosofía del espíritu humano[[13]](#footnote-13), que es el reverso del peripato, uno de los primeros destellos de la razón ilustrada en Chile, con cuya aparición data la época de nuestra regeneración mental: los principios de derecho de gentes[[14]](#footnote-14), que nos han hecho mirar con interés y seriedad los altos dogmas de la ciencia que fija las relaciones recíprocas de los pueblos que habitan la tierra. Otros varios tratados elementales han aparecido, entre los cuales hay algunos dignos del mayor elogio, ya por el acierto de su ejecución, ya por las útiles reformas que han pretendido introducir en el aprendizaje[[15]](#footnote-15). Nuestra prensa periódica, a pesar de hallarse detenida por los infinitos inconvenientes que se le oponen a un pueblo en sus primeros ensayos, no deja de contar una que otra producción importante que ha merecido la aprobación de los inteligentes. Pero todo esto no debe envanecernos, cuando más prueba que hay entre nosotros quienes trabajan por la difusión de las luces, y no [9] que poseamos ya una literatura que tenga sus influencias y su carácter especial. Muy reducido es el catálogo de nuestros escritores de mérito; muy poco hemos hecho todavía por las letras; me atrevo a deciros que apenas principiamos a cultivarlas. Pero es de hacer justicia al fuerte anhelo que todos muestran por la educación: numerosa es la juventud que con ansia recibe los preceptos de la sabiduría, y ya la patria pierde tiempo si no allana los obstáculos que entorpecen el provecho que puede sacar de tan laudable aplicación. Todavía entre nosotros no hay un sistema de educación, los métodos adolecen de errores y defectos que la época moderna tilda con un signo de reprobación y de desprecio casi infamante. Por eso veis, Señores, multitud de chilenos ilustrados, y dignos de mejor suerte, agolparse a la entrada del santuario de la literatura, todos con el empeño de penetrar en él y de perseguir la gloria, pero todos detenidos, o porque carecen de aquel instinto que una educación esmerada o los conocimientos bien adquiridos infunden en el alma, o porque los arredra el infortunio, que siempre espanta a la imaginación cuando el pecho está vacío de esperanzas y de estímulos. Pero vosotros, creo, os sentís valientes, y por eso os anuncio que necesitáis todavía de muchos esfuerzos para alcanzar vuestro objeto: será para otros la utilidad y para vosotros la gloria: este divino sentimiento y la patria que nos dio el ser merecen nuestros sacrificios.

No perdáis jamás de vista que nuestros progresos futuros dependen enteramente del giro que demos a nuestros conocimientos en su punto de partida. Este es el momento crítico para nosotros. Tenemos un deseo, muy natural en los pueblos nuevos, ardiente, que nos arrastra y nos alucina, tal es el de sobresalir, el de progresar en la civilización, y de merecer un lugar al lado de esos antiguos emporios de las ciencias y de las artes, de esas naciones envejecidas en la experiencia, que levantan orgullosas sus cabezas en medio de la civilización europea. Mas no nos apresuramos a satisfacerlo; tenemos mil arbitrios para ello; pero el que se nos ofrece más a mano es el de la imitación, que también es el más peligroso para un pueblo, cuando es ciega y arrebatada, cuando no se toma con juicio lo que es adaptable a las modificaciones de su nacionalidad. Tal vez esta es una de las causas capitales de las calamitosas disidencias que han detenido nuestra marcha social, derramando torrentes de lágrimas y de sangre en el suelo hermoso y virginal de la América española. ¡Ah Señores, que penoso es para las almas jóvenes no poderlo crear todo en un momento! pero los grandes bienes sociales no se consiguen sino a fuerza de ensayos. Bien pueden ser ineficaces para conseguir nuestra felicidad los instrumentos que poseemos, pero su reforma no puede ser súbita; resignémonos al pausado curso de la severa experiencia, y día vendrá en que los chilenos tengan una sociedad que forme su ventura, y en que estén incrustadas fuertemente las raíces de la religión y de las leyes, de la democracia y de la literatura. A nosotros está encargada esta obra interesante, y es preciso someterla a nuestros alcances.

Mas concretando estas observaciones a nuestro asunto, ¿de qué manera podremos ser prudentes en la imitación? Preciso es aprovecharnos de las ventajas que en la civilización han adquirido otros pueblos más antiguos, ésta es la fortuna de los americanos[10]; ¿que modelos literarios serán, pues, los más adecuados a nuestras circunstancias presentes? Vastos habían de ser mis conocimientos, y claro y atinado mi juicio para resolver tan importante cuestión; pero llámese arrogancia o lo que se quiera, debo deciros que muy poco tenemos que imitar: nuestra literatura debe sernos exclusivamente propia, debe ser enteramente nacional. Hay una literatura que nos legó la España con su Religión divina, con sus pesadas o indigestas leyes, con sus funestas y antisociales preocupaciones. Pero esa literatura no debe ser la nuestra, porque al cortar las cadenas enmohecidas que nos ligaron a la Península, comenzó a tomar otro tinte muy diverso nuestra nacionalidad: «nada hay que obre una mudanza más grande en el hombre que la libertad, dice Villemain[[16]](#footnote-16), ¡qué será pues en los pueblos!» Es necesario que desarrollemos nuestra revolución y la sigamos en sus instintos civilizadores, en esa marcha peculiar que le da un carácter de todo punto contrario al que nos dictan el gusto, los principios y la tendencia de aquella literatura. Debo presentaros sobre ella más bien que mis pobres ideas, el juicio de un español que en nuestros días se ha formado una reputación por su talento elevado, el cual se expresa de este modo, hablando de su patria. «En España causas locales atajaron el progreso intelectual, y con él indispensablemente el movimiento literario. La muerte de la libertad nacional, que había llevado ya tan funesto golpe en la ruina de las comunidades, añadió a la tiranía religiosa la tiranía política; y si por espacio de un siglo todavía conservamos la preponderancia literaria, ni esto fue más que el efecto necesario del impulso anterior, ni nuestra literatura tuvo un carácter sistemático investigador, filosófico; en una palabra, útil y progresivo. La imaginación sola debía prestar más campo a los poetas que a los prosistas: así que aún en nuestro siglo de oro es cortísimo el número de escritores razonados que podemos citar»[[17]](#footnote-17). Con efecto, Señores, si buscáis la literatura española en los libros científicos, en los históricos, en el dilatadísimo número de escritores místicos y teológicos que cuenta aquella nación, en el teatro mismo, casi siempre la hallareis retrógrada, sin filosofía, y muchas veces sin criterio. Es verdad que en ocasiones luce en ellos algún rasgo del atinado ingenio español, pero siempre a manera de aquellos lampos efímeros que momentáneamente alteran las tinieblas de una noche borrascosa; sus bellas producciones son frutos escondidos que no es posible descubrir sino desbastando el ramaje del árbol que los contiene. De los mejores autores, dice el citado, que se ofrecen más bien como columnas de la lengua, que como intérpretes del movimiento de su época. La poesía empero ofrece relevantes muestras de talentos fecundos y eruditos, de pasajes sublimes, bellos y filosóficos; mas necesitáis de trabajo y tino para hallarlos y para sacar de ellos el producto.

Con todo, no penséis, Señores, que me extiendo al suscribir a estos conceptos, sobre la literatura de nuestros conquistadores, hasta llegar a mirar en menos su hermoso y abundante idioma. ¡Ah! no: éste fue uno de los pocos dones preciosos que nos hicieron sin pensarlo. Algunos americanos, sin duda fatigados de no encontrar en la antigua literatura española más que insípidos y pasajeros placeres, y deslumbrados [11] por los halagos lisonjeros de la moderna francesa, han creído que nuestra emancipación de la metrópoli debe conducirnos hasta despreciar su lengua y formarnos sobre sus ruinas otra que nos sea más propia, que represente nuestras necesidades, nuestros sentimientos. Y llenos de admiración, seducidos por lo que les parece original en los libros del Sena, creen que nuestro lenguaje no es bastante para exprimir tales conceptos; forman o introducen sin necesidad palabras nuevas, dan a otras un sentido impropio y violento, adoptan giros y construcciones exóticas, contrarias siempre a la índole del castellano, despreciando así la señalada utilidad que podríamos sacar de una lengua cultivada y exponiéndose a verse de repente en la necesidad de cultivar otra nueva, y tal vez ininteligible. Huid, Señores, de semejante contagio, que es efecto de un extraviado entusiasmo.

Mucha verdad es que las lenguas varían en las diversas épocas de la vida de los pueblos, pero los americanos ofrecemos en esto un fenómeno curioso: somos infantes en la existencia política, y poseemos una habla que anuncia los progresos de la razón, rica y sonora en sus terminaciones, sencilla y filosófica en su mecanismo, abundante, variada y expresiva en sus frases y modismos, descriptiva y propia como ninguna. Nuestros progresos principian, y por mucho que nos eleve el impulso progresivo de la época presente, siempre tendremos en nuestro idioma un instrumento fácil y sencillo que emplear en todas nuestras operaciones, un ropaje brillante, que convendrá a todas las formas que tomen nuestras facciones nacionales. Estudiad esa lengua, Señores, defendedla de los extranjerismos; y os aseguro que de ella sacareis siempre un provecho señalado, si no sois licenciosos para usarla, ni tan rigoristas como los que la defienden tenazmente contra toda innovación, por indispensable y ventajosa que sea. Os interesa pues emprender la lectura de sus clásicos, y penetrar en la historia de la literatura a fin de saber apreciarlos y conocer esa poesía, que veréis, valiéndome de la expresión de un crítico, expresiva en su infancia, natural y sencilla, pero ruda, pobre y trivial; después grave, docta y sonora, hasta degenerar en afectada, pedantesca y enigmática; y por fin, grande, majestuosa y sublime, armoniosa y dulce, hasta acabar por hinchada, estrepitosa y sutil. De Garcilaso[[18]](#footnote-18) aprenderéis a expresar vuestras ideas y sentimientos apacibles con candor y amable naturalidad; de La Torre[[19]](#footnote-19), Herrera[[20]](#footnote-20) y Luis de Leon[[21]](#footnote-21) imitareis la nobleza, nervio y majestad; de Rioja[[22]](#footnote-22) el estilo descriptivo y la vehemencia del lenguaje sentencioso y filosófico. Descended a los prosistas, y Mendoza[[23]](#footnote-23), Mariana[[24]](#footnote-24) y Solís [[25]](#footnote-25)os enseñarán la severidad, facundia y sencillez del estilo narrativo: Granada[[26]](#footnote-26), la inimitable dulzura de su habla para expresar las verdades eternas y el idealismo del cristiano; y por fin, el coloso de la literatura española os asombrará con su grandilocuencia, y con las originales graciosidades de su Hidalgo[[27]](#footnote-27). Estudiad también a los modernos escritores de aquella célebre nación, y hallareis en ellos el antiguo romance castellano hecho ya el idioma de la razón culta, y capaz de significar con ventaja los más elevados conceptos de la filosofía y los más refinados progresos del entendimiento del siglo XIX. [12]

Una vez que hayáis aventajado en esta indispensable preparación, creo que ya estaréis capaces de recibir las influencias de la literatura francesa, de esa literatura que sojuzga la civilización moderna, de la cual ha dicho uno de sus campeones del presente día, estas notables palabras : «Desde la muerte del gran Goethe el pensamiento alemán se ha cubierto otra vez de sombra; desde la muerte de Byron y de Walter Scott, la poesía inglesa se ha extinguido; y a esta hora no hay en el universo más que una literatura encendida y viviente, que es la literatura francesa. De Petersburgo a Cádiz, de Calcuta a Nueva-York, no se leen más que libros franceses: ellos inspiran al mundo...»[[28]](#footnote-28). No podemos excusarnos de reconocer esta verdad, pero es cordura no dejarse deslumbrar por su esplendor: veremos de qué manera deben inspirarnos esos libros franceses tan poderosos. Tres épocas de triunfo ha tenido la literatura de Francia, las cuales han sido caracterizadas por otras tantas escuelas, que sin ser iguales entre sí, llevan impreso cierto aire de familia que ha causado graves equivocaciones. La dominante en el siglo XVII, que había sido formada, segn el respetable Villemain bajo las influencias de la religión, de la antigüedad y de la monarquía de Luís XIV; la dominante en el siglo XVIII, en la cual por el contrario influyeron, a juicio del mismo sabio, la filosofía escéptica, la imitación de las literaturas modernas y la reforma política; por fin, la que en nuestros días se ostenta triunfante y regeneradora, la cual a mi entender está dominada por el vigoroso y saludable influjo del cristianismo, de la filosofía y de la democracia, o en una palabra sola, por la perfectibilidad social. Las dos primeras, sin embargo de su diferencia, tienen entre sí tal consonancia que pudiéramos considerarlas como una sola; y en efecto Villemain dice que esas dos épocas tienen sus puntos de contacto, y que los talentos de la una han tenido algunos caracteres de la otra. Como quiera, Señores, creo yo que ambas escuelas no merecen nuestro estudio, sino en cuanto son dignas de la curiosidad del literato, porque pertenecen a la historia de los progresos del entendimiento humano; pero nada considero menos adecuado a nuestras circunstancias que la literatura de esos tiempos, y de consiguiente nada tampoco menos digno de nuestra imitación. No obstante las diversas causas influyentes en aquellas escuelas, señaladas por el ilustre profesor, permítaseme agregar que todavía hay otra más universal que sirve como de eslabón para ligarlas; tal es aquel aire de afectación empalagosa que las domina, conforme al gusto disciplinado de esas épocas, según las conveniencias, usos y espíritu de cuerpo que ligaban a los palaciegos y demás gente de tono de la corte francesa de entonces. Aquel gusto dictaba una crítica severa y absoluta, egoísta, si puedo decirlo, que condenaba sin recurso todos los arranques de la fantasía, por naturales que fueran, cuando no agradaban al rey y a las damas cortesanas, y encadenaba el espíritu, forzándolo al escepticismo religioso, y a la finura y ligereza de convención. Todos los grandes ingenios de aquellos dos siglos se vieron arrastrados por tal influencia, y le tributaron ciego homenaje en sus producciones. Ni el severo y profundo Montesquieu pudo salvarse del contagio: el autor del *Espíritu de las leyes*, de esa obra inmortal, escribió también las *Cartas persianas[[29]](#footnote-29)*. La república literaria entonces era [13] una monarquía absoluta que extendió su predominio moral a toda la Europa, y hasta nuestros días: hizo más, invadió las regiones del Nuevo Mundo, y propagó aquellos principios exagerados y quiméricos de la regeneración política. Curioso es investigar las causas de tamaño prodigio, pero mi objeto no me permite demorarme en ello.

Empero la época ha variado, el tiempo con su mano de bronce ha venido a despertar a los hombres para hacerlos más racionales y positivos, para encaminarlos por otro sendero más espacioso. La literatura moderna sigue el impulso que le comunica el progreso social, y ha venido a hacerse más filosófica, a erigirse en intérprete de ese movimiento. «La crítica, dice el juicioso Artaud, ha llegado a ser más libre, hoy que los autores se dirigen a un publico más numeroso y más independiente, y por consecuencia debe tomar otra bandera; su divisa es la verdad; la regla de sus juicios la naturaleza humana: en lugar de detenerse en la forma externa, sólo debe fijarse en el fondo. En vez de juzgar las obras del poeta y del artista únicamente por su conformidad con ciertas reglas escritas, expresión generalizada de las obras antiguas, se esforzará en penetrar hasta lo íntimo de las producciones literarias y en llegar hasta la idea que representan. La verdadera crítica confrontará continuamente la literatura y la historia, comentará la una por la otra y comprobará las producciones de las artes por el estado de la sociedad. Juzgará las obras del artista y del poeta, comparándolas con el modelo de la vida real, con las pasiones humanas y las formas variables de que puede revestirlas el diverso estado de la sociedad. Deberá tomar en cuenta al hacer tal examen, el clima, el aspecto de los lugares, la influencia de los gobiernos, la singularidad de las costumbres y todo lo que pueda dar a cada pueblo una fisonomía original; de este modo la crítica se hace contemporánea de los escritores que juzga, y adopta momentáneamente las ideas, los usos, las preocupaciones de cada país, para penetrar mejor su espíritu.» En esta definición que acabáis de oír, Señores, tenéis delineados con vivos coloridos los caracteres de la moderna literatura francesa, caracteres que se divisan ya adoptados en la española y que más tarde se verán en la americana. La Francia ha levantado la enseña de la rebelión literaria, ella ha emancipado su literatura de las rigurosas y mezquinas reglas que antes se miraban como inalterables y sagradas; le ha dado por divisa la verdad y le ha señalado a la naturaleza humana como el oráculo que debe consultar para sus decisiones: en esto merece nuestra imitación. Fundemos pues nuestra literatura naciente en la independencia, en la libertad del genio, despreciemos esa crítica menguada que pretende dominarlo todo, sus dictados son las más veces propios para encadenar el entendimiento, sacudamos esas trabas y dejemos volar nuestra fantasía, que es inmensa la naturaleza. No olvidéis con todo que la libertad no existe en licencia, este es el escollo más peligroso: la libertad no gusta de posarse sino donde está la verdad y la moderación. Así, cuando os digo que nuestra literatura debe fundarse en la independencia del genio, no es mi ánimo inspiraros aversión por las reglas del buen gusto, por aquellos preceptos que pueden considerarse como la expresión misma de la naturaleza, de los cuales no es posible desviarse, sin obrar contra la razón, contra la moral y contra todo lo que pueda haber de útil y progresivo en la literatura de un pueblo. [14]

Debo deciros, pues, que leáis los escritos de los autores franceses de más nota en el día; no para que los copiéis y trasladéis sin tino a vuestras obras, sino para que aprendáis de ellos a pensar, para que os empapéis en ese colorido filosófico que caracteriza su literatura, para que podáis seguir la nueva senda y retratéis al vivo la naturaleza. Lo primero solo sería bueno para mantener nuestra literatura con una existencia prestada, pendiente siempre de lo exótico, de lo que menos convendría a nuestro ser. No, Señores, fuerza es que seamos originales; tenemos dentro de nuestra sociedad todos los elementos para serlo, para convertir nuestra literatura en la expresión auténtica de nuestra nacionalidad. Me preguntareis qué pretendo decir con esto, y os responderé con el atinado escritor que acabo de citaros, que la nacionalidad de una literatura consiste en que tenga una vida propia, en que sea peculiar del pueblo que la posee, conservando fielmente la estampa de su carácter, de ese carácter que reproducirá tanto mejor mientras sea más popular. Es preciso que la literatura no sea el exclusivo patrimonio de una clase privilegiada, que no se encierre en un círculo estrecho, porque entonces acabará por someterse a un gusto apocado a fuerza de sutilezas. Al contrario debe hacer hablar todos los sentimientos de la naturaleza humana y reflejar todas las afecciones de la multitud, que en definitiva es el mejor juez, no de los procedimientos del arte, sí de sus efectos.

No puedo resistir al deseo de copiaros aquí los ingeniosos pensamientos con que el mismo autor desarrolla su doctrina.

«Puede considerarse, dice, que la literatura es como el gobierno: el uno y la otra deben tener sus raíces en el seno mismo de la sociedad, a fin de sacar de él continuamente el jugo nutritivo de la vida. Es necesario que la libre circulación de las ideas ponga en contacto al público con los escritores, así como es preciso que una comunicación activa aferre los poderes a todas las clases sociales. De este modo las necesidades, las opiniones, los sentimientos del mayor número podrán a cada momento hacerse campo, manifestarse y refluir sobre los que toman la alta misión de ilustrar los espíritus o de dirigir los intereses generales. ¡Desgraciada la literatura! ¡ Ay de los gobiernos que se colocan fuera de la nación o que al menos sólo se dirigen a clases privilegiadas y no corresponden sino a un menguado número! Interiormente agitado de un principio de vida que no se contiene jamás, el género humano prosigue siempre en marcha, las academias y los gobiernos quedan estacionarios, se atrasan: pronto llega un momento en que la disposición de los espíritus y las opiniones generalmente adoptadas no están ya de acuerdo con las instituciones y con las costumbres, entonces es preciso renovarlo todo: esta es la época de las revoluciones y de las reformas. La literatura debe pues dirigirse a todo un pueblo, representarlo todo entero, así como los gobiernos deben ser el resumen de todas las fuerzas sociales, la expresión de todas las necesidades, el representante de todas las superioridades: con estas condiciones solo puede ser una literatura verdaderamente nacional.»

Seguid estos preceptos, que son los del progreso y los únicos que pueden encaminaros a la meta de vuestras aspiraciones. No hay sobre la tierra pueblos que tengan como los americanos una necesidad más imperiosa de ser originales en su literatura, [15] porque todas sus modificaciones les son peculiares y nada tienen de común con las que constituyen la originalidad del Viejo Mundo. La naturaleza americana, tan prominente en sus formas, tan variada, tan nueva en sus hermosos atavíos, permanece virgen; todavía no ha sido interrogada; aguarda que el genio de sus hijos explote los veneros inagotables de belleza con que le brinda, ¡qué de recursos ofrecen a vuestra dedicación las necesidades sociales y morales de nuestros pueblos, sus preocupaciones, sus costumbres y sus sentimientos! Su ilustración tan solo os presenta materiales tan abundosos que bastarían a ocupar la vida de una generación entera; ahora nuestra religión, Señores, contiene en cada página de sus libros sagrados un tesoro capaz de llenar vuestra ambición. Principiad, pues, a sacar el provecho de tan píngües riquezas, a llenar vuestra misión de utilidad y de progreso; escribid para el pueblo, ilustradlo, combatiendo sus vicios y fomentando sus virtudes, recordándole sus hechos heroicos, acostumbrándole a venerar su religión y sus instituciones; así estrecharéis los vínculos que lo ligan, le haréis amar a su patria y lo acostumbraréis a mirar siempre unidas su libertad y su existencia social. Este es el único camino que debéis seguir para consumar la grande obra de hacer nuestra literatura nacional, útil y progresiva.

No tengo la presunción de aconsejaros, porque ni mis conocimientos, ni mis aptitudes me dan título alguno para ello: me contento con presentaros en este ligero cuadro mis ideas, apoyadas en la opinión de los sabios escritores que he citado, así las habréis escuchado con más atención. Yo no puedo más que acompañaros en vuestras tareas, para participar de la gloria que vais a granjearos con acometer la empresa de regenerar nuestra literatura. Mutuamente nos auxiliaremos: por el sólo hecho de reunirnos hemos contraído con la sociedad un empeño sacrosanto; arrostrémoslo todo por cumplirlo, no sea que las generaciones futuras y las presentes nos acusen de haber perdido la ocasión que se nos ofrece para elevar a nuestra patria al engrandecimiento que sus recursos le preparan.

1. 1842 [↑](#footnote-ref-1)
2. “Cuando ya no somos más, nuestra sombra tiene altares, donde el justo futuro prepara a tu genialidad, honores inmortales”. Lamartine. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-2)
3. En este año Lastarria no conoce aún a Comte, esta ley del Progreso dice relación más bien con la Ilustración, propia de todo el Siglo de las Luces (N. del E.) [↑](#footnote-ref-3)
4. Quiere decir, sin duda, un perpetuo movimiento. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-4)
5. Quiere decir “expansivo”. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-5)
6. “Anejo” es un adjetivo que significa “unido a”, “agregado”, “dependiente”. En este caso, por lo tanto, el autor parece referirse a aquellos pueblos dependientes del pasado. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-6)
7. Artaud: literato francés que consideraba que la buena literatura no debía ser criticada por el hecho de no adecuarse a las reglas literarias sino por su relación con la naturaleza humana, con la singularidad de las costumbres y con lo que puede dar a un pueblo su especificidad. (ver *Recuerdos literarios,* ed *Zig- Zag,* 1968, página 104). No confundir con el poeta Antonin Artaud (1896- 1948). (N. del E.) [↑](#footnote-ref-7)
8. El autor se refiere a “alborada”, es decir, la mañana, momento inicial del día. [↑](#footnote-ref-8)
9. Pedro de Oña (español 1570-1643). Estudió en la Universidad de San Marcos en Lima bajo el virreinato de García Hurtado de Mendoza y escribió el poema “Arauco Domado” (1596) y muchos otros. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-9)
10. El padre Lacunza, nació en Santiago en 1731, entró a la Compañía de Jesús pero al año siguiente los jesuitas fueron expulsados por Carlos III. Cuando se separó de la Compañía vivió como anacoreta y escribió un libro que provocó gran revuelo “La venida del mesías en gloria y majestad”. Fue incluido en el *Índice* de libros prohibidos en 1824. Fue creador de la doctrina llamada “Milenarismo”. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-10)
11. Alonso Ovalle (1601-1651): Jesuíta, teólogo, en 1640, en Roma donde era procurador escribió “Histórica relación del Reino de Chile” La Real Academia Española incluyó su nombre entre las autoridades del idioma. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-11)
12. El abate Molina, Juan Ignacio, nació en Chile en 1737 y murió en Bolonia en 1829. Se educó en la Compañía de Jesús. En 1776 escribió en Bolonía “Compendio de Historia Geográfica, Natural y Civil de Chile” ampliada más tarde como “Ensayo sobre la Historia de Chile”. Otros libros fueron “Historia Natural” y también sus “Memorias”. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-12)
13. Referencia al libro “Elementos de filosofía del Espíritu humano” de Ventura Marín y Manuel Varas, de 1834 con quien estudió Lastarria. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-13)
14. Referencia a la cátedra que ejercía Ventura Marín y que dejó abandonada por su enfermedad. Cátedra que ocupó Lastarria nombrado por Manuel Montt en febrero de 1839. Andrés Bello, en 1832, publicó *Derecho Internacional*. Al comienzo Lastarria enseñaba un resumen del curso de Bello sobre Bentham pero luego no le satisfizo y elaboró un manual *Elementos de Derecho Público.* (N. del E.) [↑](#footnote-ref-14)
15. Probablemente Lastarria hace alusión aquí, entre otras, a las *Cartas Patrióticas* de J. Benavente (escritas con seudónimo) que causaron impresión por su estilo; y también, a los cursos que Andrés Bello dictaba en su propia casa sobre gramática, literatura, derecho romano y español (ver *Recuerdos literarios*, op. cit, páginas 73 a 80). (N. del E.) [↑](#footnote-ref-15)
16. Abel François Villaiman, célebre escritor y literato francés, nació en Paris en 1790. Secretario permanente de la Académie Française, escribió numerosas obras literarias e históricas. Famosos fueron sus “Cursos de literatura francesa siglo XVIII”, entre muchos otros. La mayoría de sus obras son posteriores a este discurso de Lastarria, predominan aquellas de los años 50 (ver Catálogo de la Biblioteca Nacional). (N. del E.) [↑](#footnote-ref-16)
17. Larra [N. del A.] [↑](#footnote-ref-17)
18. Garcilaso de la Vega, poeta español renacentista (1498? – 1536) En 1510 formó parte de la corte de Carlos I, participó en muchas batallas. Se supone que gran parte de su obra (en latín) está perdida, pero se conocen 40 sonetos y 3 églogas que reflejan el conflicto entre la pasión y la razón, 5 canciones y dos elegías. Su poesía se caracteriza por su musicalidad. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-18)
19. Poeta español (1534?- 1594?) de la Escuela de Salamanca. Formó parte de la Real Academia de Lengua en 1857. Primero fue militar y luego clérigo. Su poesía fue aprobada y valorada por Alonso de Ercilla y Quevedo. Su obra está en 3 libros donde es admirable la formalidad y pasión de sus sonetos. Aportó a la métrica española- (N. del E.) [↑](#footnote-ref-19)
20. Fernando de Herrera, poeta español del Siglo de Oro (como los anteriores) (1534- 1597) apodado el divino por la gran perfección de sus poemas. Escribió muy variados géneros literarios. Entre su prosa se conoce sobretodo “Elogio de la vida y de la muerte de Tomás Moro”, muchos poemas épico; su poesía es atormentada y prebarroca. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-20)
21. Fray Luis de León, poeta español (1527?- 1597?). Religioso agustiniano, humanista, su literatura es ascética, refleja el alejarse del mundo para encontrar a Dios y la paz. Entre sus obras están “Nombres de Cristo”. ¡Proverbios de Salomón! Y “Catar de los Cantares”. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-21)
22. Francisco de Rioja, poeta español (1583-1657) de la escuela Sevillana. Sus poemas reflejan originalidad y son sobretodo cerebrales. Su estilo es cuidado y refinado. Se le llamó el poeta de las flores. Escribió 30 sonetos amorosos, otros filosóficos, sobre la brevedad de la vida y la inestabilidad de las fortunas, algunos poemas los escribió en árabe. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-22)
23. No está claro a qué Mendoza se refiere el autor, tal vez a Diego Hurtado de Mendoza (1503- 1575), militar, historiador y escritor, a quien se le atribuyó el libro “El lazarillo de Tormes”, pero posteriormente éste fue declarado anónimo. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-23)
24. Aunque no es claro, podría tratarse de Juan de Mariana, sacerdote, (1536- 1642), autor de una abundante obras en latín dedicada fundamentalmente a la economía. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-24)
25. Solis y Rivadeneyra (1610- 1668), historiador, muy cuidadoso de su estilo neo-clásico, escribió “Historia de la conquista de México y progresos de la América septentrional” (1664), y obras literarias como “ La Gitanilla de Madrid” y “Un bobo hace ciento” Fue un ejemplo para el siglo siguiente. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-25)
26. Juan Luz de Granada, cuyo nombre era Luis de Sarría (1504- 1588) Se hizo monje dominicano. Gran orador y escribió “ El libro de la oración y de la meditación” Fue perseguido por la Inquisición y su libro integró el “Indice” de los libros prohibidos en 1559. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-26)
27. Se refiere aquí al gran Cervantes y su Quijote. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-27)
28. Victor Hugo (N. del A). Gran escritor dramaturgo y poeta francés (1802- 1885) Su obra es enorme y muy popular, por ejemplo ”Los miserables”, Notre dame de Paris” (la Catedral de Paris), denunció la desigualdad y miseria del pueblo. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-28)
29. El “Espíritu de las Leyes” es la obra más importante de Charles de Secondat, Barón de Montesquieu, escrita en Francia en 1748, en forma anónima, después de 20 años de trabajo. En 1750, saca la Defensa del Espíritu de las Leyes para responder a todas las críticas. Según relata Manuel Torres Campos, las primeras traducciones al español fueron en 1821 (traducción libre), luego en 1845, 1852 y en 1879*. Bibliografía española contemporánea del Derecho y de la Política*, Madrid 1883- 1887. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-29)